

Se busca: Cody Arroba

38 años, complexión frágil, extremidades carnosas, un pecho sí otro no, cojera, pata de tenor, labios ondulados, cabello de palo, tatuaje rubio de Popeye muslo derecho, voz alargada, manos achinadas .

DESDE HACE UNOS CUANTOS AÑOS EL ESPAÑOL ESCRITO se encuentra en vías de convertirse en una lengua inútil y estulta por culpa de la reforma que ciertos sectores buerrollistas pretenden instaurar en aras de un lenguaje políticamente correcto, «igualitario y no sexista».

Este conflicto surge tras la inclusión en su momento en el set de los 96 caracteres del código ASCII y el redescubrimiento del carácter @, a partir de la democratización de Internet. Sin embargo, su existencia es mucho más antigua pero tan poco conocida que se han contado muchas incongruencias sobre este signo, a parte del sobreuso multiforme e impropio que ha sufrido en los últimos años, sobre todo en España.

Este glifo era una unidad de medida de capacidad utilizada en tonelería, el ánfora, común en el ámbito mediterráneo, que por influencia latina se denominaba ánfora en unos lugares y por influencia árabe arroba en otros. Pero en todos ellos era siempre una medida menor, más manejable que las que le servían de patrón, para trabajar con cantidades relativamente pequeñas y que se adaptaba perfectamente a la designación de unidades de medida de diferentes mercancías.

Todo apunta a que fueron los mercaderes italianos, en contacto con el mundo árabe y el americano —a través de las vinculaciones del Reino



de Nápoles con la corona española —, quienes optaron por @ como abreviatura contable de tal unidad. Pero tras el Renacimiento italiano desaparece por completo y no se conocen documentos en los que conste, hasta el siglo XVIII —en los libros contables británicos— para anotar el precio unitario de las mercancías como abreviatura de at the price of, contraído rápidamente a at. No es de extrañar por tanto que, tras emigrar al Nuevo Continente, los contables del siglo XIX exigieran su inclusión en los teclados de todas las nuevas máquinas de escribir.

De esta manera, @ continuó en su sitio gracias a la cultura comercial estadounidense que todo lo puede, y ésta es la razón por la que ha sobrevivido hasta nuestros ordenadores: un poco por desidia, un poco por tradición y otro mucho por

la influencia que ha tenido lo americano en nuestras vidas en todos los campos.

En cuanto a su uso electrónico, todas las fuentes afirman que fue Ray Tomlinson el que, trabajando para la sociedad BBN (Bolt Beranek and Newman), contratada por el Ministerio Americano de Defensa (el DOD), fuera el primero en utilizar @ en 1972 para las direcciones de lo que habría de convertirse en los e-mails.

Tomlinson sólo hizo lo que los informáticos de la época: ante la necesidad de un signo inusual utilizó @, ya que en inglés americano se le llamaba at (en) y el hecho de que en esa época se encontraba en los teclados como un residuo evolutivo. Él mismo ha confesado que pensó en otros símbolos distintos de @ para separar el nombre del destinatario del de el ordenador receptor



—de entre todos los que tenía en su teclado— pero sólo @ no aparecía en ningún nombre. Es por tanto sólo el azar lo que hizo coincidir la @ informática con el at original, y si la iniciativa de Tomlinson no hubiera sido la que ha sobrevivido hasta nuestros días, hoy en día no estaríamos tan preocupados por intentar imponer un lenguaje tipográfico tan políticamente correcto como hipócrita.

Dicho uso, que se supone que soluciona una gran cuestión, plantea adicionalmente muchos y muy serios problemas. En primer lugar, ¿cómo se hace para leer algo como «querid@ compañer@s»? Quien así escribe, ¿se expresa de la misma forma verbalmente diciendo «queridoas compañeroas», o «queridaos compañeraos»? Lo más grave es que @ no es una letra; no funciona como tal en un texto escrito porque no pertenece al set compositivo de la caja tipográfica —ni siquiera de la digital!—.

Si lo que se pretende es generar un texto —aunque sea sólo escrito— de carácter

no discriminatorio para con ambos sexos, no podemos crear una marca visual en el mismo que lo único que hace es subrayar el problema diferenciador. Al introducir ese signo en «compañer@s», por ejemplo, no hacemos más que crear un símbolo dentro de la palabra escrita que nos está hablando de la intolerancia sexual. No proporciona ninguna solución al sexismo, sólo lo evidencia, por lo que se convierte en el antisímbolo de lo que pretende defender. Y para colmo, como símbolo, ¿hace referencia directa a la comunicación electrónica!

Por otra parte, al ser un carácter radicalmente distinto al resto de los que componen la palabra en que se ubique —por la forma, por el tamaño con respecto a la altura normal de la X, por la diferencia del trazo— se convierte en algo molesto para el ojo y que, por lo tanto, entorpece el proceso de lectura, que debería ser natural y no algo forzado y engorroso.

Por otro lado, existen fuentes en las que @ —con un criterio bastante lógico, por cierto— viene representada como dos pequeñas a y t muy juntas, en un solo carácter at, por lo que resulta bastante incongruente denominar a ningún colectivo como «compañerats».

Dudo mucho que la RAE ni cualquier otro estamento de normativización de la lengua acepten jamás incorporar al diccionario «ese» signo con «ese» sentido. Primero porque es un signo fuera de contexto, y segundo porque no es el adecuado, tipográficamente hablando. Quizás los tipógrafos deberían plantearse diseñar otro que tenga el significado que se le quiere atribuir. Debería ser una especie de conjunción «ao» u «oa», parecida a las ya existentes œ y æ, pero desde luego no «eso», que tiene otro uso y significado. Por otra parte, la tipografía parte de un uso natural de la palabra escrita y del lenguaje hablado, y «eso» es lo más



ortopédico que existe en el teclado. Que pruebe cualquiera si no a hacerlo manualmente: a la mayoría nos sale una especie de gurrúño.

En español también existe un carácter que se ha vuelto simpático por el hecho difereciador. Nuestra querida ñ es incluso un símbolo del idioma pero también de «lo hispano». Nos es propio porque, si bien existe como fonema en otras lenguas como el francés o el italiano, en éstas se escribe con los dos caracteres gn.

La ñ designa un fonema reconocible como tal y, al igual que @, también se ha convertido en un carácter simbólico; sin embargo @ no representa ningún fonema.

Es cierto que el español evidencia un machismo secular, pero no podemos forzar un cambio tan radical en el lenguaje cuando la sociedad no ha cambiado casi nada o lo hace muy lentamente. Si es aceptado que el lenguaje es un elemento vivo en evolución,

hay que asumir de la misma manera que éste está supeditado a la sociedad a la que sirve. Si los individuos no cambian, ¿de qué sirve cambiar sus modos de expresión?

Hay quien ha argumentado que una solución sería volver a las terminaciones plurales latinas y los neutros acabados en e, pero ningún otro arcaísmo va a propiciar la actualización del lenguaje.

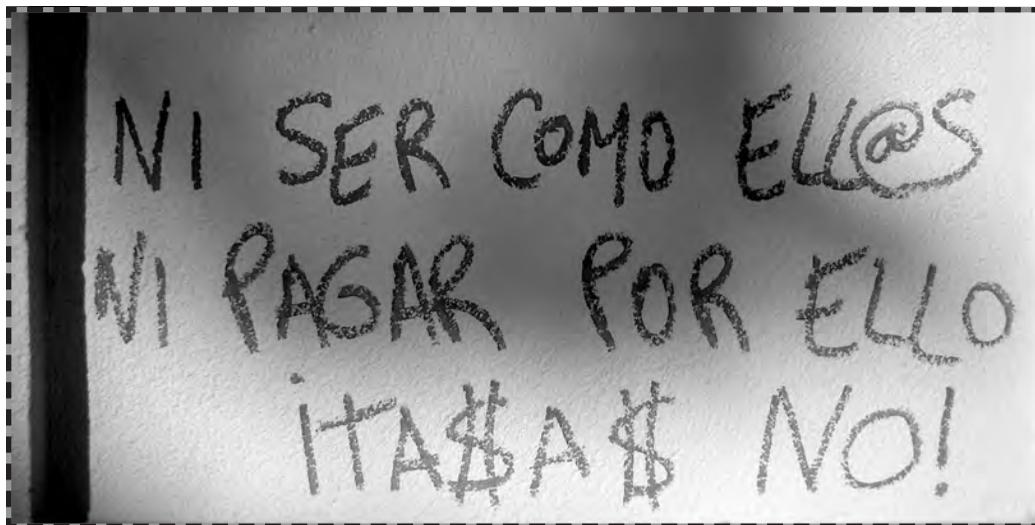
Un pequeño apunte, a modo de anécdota: En la lengua alemana hay casos en los que un plural masculino es precedido del artículo denominativo femenino; así, hablan de «los hombres» como «die Männer», que literalmente traducido sería «las hombres», y desconozco que a lo largo de la historia del pueblo alemán —ni siquiera en sus más tristes, oscuros e intolerantes capítulos— se haya producido ninguna cruzada machista para solventar tal agravio lingüístico.

Personalmente me da igual que incluso me llamen hombra,

siempre que eso se convierta en una denominación que nos permita a todos entendernos con el lenguaje, sea cual sea su forma. De resultar positivo tal consenso, ¿para qué seguir recurriendo entonces a una grafía ya inútil como @?

Por otro lado, los colectivos que usan este recurso se autodefinen como «antiglobalización», «antiimperialistas», «antiamericanos», «prorregionalistas», e incluso «anticapitalistas» y hasta «antisistema». Sin embargo olvidan —o más bien quiero pensar que ignoran por completo— que el origen y el uso último de ese signo «igualitario» es comercial, capitalista, anglosajón y globalizador; o incluso que las dictaduras se caracterizan precisamente por ser regímenes «igualitarios» que eliminan sistemáticamente cualquier diferencia.

No soy capaz de imaginar una solución lingüística inmediata y adecuada. Creo que la vía de salida al problema gráfico que



plantea @ en la configuración de los plurales genéricos no sexistas en español pasará en el peor de los casos por el desarrollo y creación de un nuevo carácter que conjugase en un solo glifo la esencia de la a y la o que se pretenden figurar con este signo claramente inapropiado. He de subrayar que ésta es sólo una solución a una parte del problema — la visual —, aunque la más evidente y obvia. Y todo ello ignorando a pesar de todo que el código alfabético es exclusivamente de representación fonética...

En realidad pienso que se trata de algo mucho más arduo como es la mentalidad y actitud de ciertos individuos que necesitan lavar su conciencia con un recurso estético que ni siquiera entienden. Su postura no hace más que poner en evidencia unas diferencias sexistas que, para mí, no existen. («Todos somos iguales, pero diferentes»). Ellos no lo sienten de verdad: les gustaría sentirlo pero no se lo creen; eso es la estupidez.

Es la misma actitud que tiene mucha de esta misma gente cuando dicen que «se llevan muy bien con los gays» y que incluso «tienen amigos que lo son», para intentar demostrar que son tolerantes con los homosexuales. Es lo que se denomina discriminación positiva. Es decir, aparentar de cara a la sociedad que se cree en la igualdad real de cualquier individuo, sea cual sea su condición, pero manifestándolo de una forma tan pornográfica que lo único que consigue es poner de relieve las diferencias.

Este tipo de escritura, además, sólo es utilizado por determi-

nados y reducidos colectivos, lo que conduce a un lenguaje sectario, una radicalización de posturas por la diferencia y, por lo tanto, intolerancia. Pero tampoco debemos tomárnoslo como algo tan exagerado; creo que sólo es una actitud esnobista, como el grunge, el nuevo hippismo o el neopunk, y espero que dentro de unos años nos riamos de ello.

La auténtica lucha por la igualdad queda muy lejos de cualquier recurso estético — tipográfico, lingüístico, cultural... —. Lo que realmente deberíamos modificar no es el lenguaje — que ya bastante tocado está el pobre —, sino nuestra mentalidad neandertal y nuestra actitud para con los demás. Porque la no discriminación pasa precisamente por no hacer diferencias, y menos aún, subrayarlas.

